

Autor: Abilio Ayuso

HERODES

Ilustrador Ronny Bravo



¿Fue realmente Herodes el déspota sanguinario que los **+12** evangelios nos presentan?, ¿O tal vez un estadista que se vio forzado a escoger el mal menor?. Este breve relato de ficción nos ofrece un punto de vista diferente acerca de su figura.

Sucedió hace años, en unas vacaciones de verano en las que durante un mes recorrimos Grecia, unos amigos que formaban una familia mixta griego-española nos habían pedido que entregáramos un paquete a un familiar, un anciano monje ortodoxo que vivía recluido en un monasterio completamente apartado de la civilización. Lo hicimos mitad por hacerles el favor y mitad por descubrir algo fuera de toda ruta turística.

Pero las cosas no salieron como esperábamos, en la puerta nos indicaron que mi novia no podía entrar, ya que en aquel recinto las mujeres tenían completamente vedado el paso.

Se quedó fuera maldiciendo el machismo en todos los idiomas que sabe, y yo entré enfadado porque sabía que luego la encontraría de un humor de perros y además porque me habían privado de la traductora, así que pensé que tendríamos que entendernos como los indios de las películas, o peor aún, como los gorilas, por gestos.

Atravesamos claustros y salas donde se podía apreciar un silencio y recogimiento totales, y subimos las escaleras de un enorme torreón, en lo más alto se encontraba una amplia estancia circular, con las paredes recubiertas de estanterías repletas de libros, de suelo a techo, la única excepción era la puerta, los ventanales góticos y la enorme chimenea, que curiosamente, a pesar del terrible calor de Agosto, estaba encendida.

A su lado, un fraile viejecillo, de barba bien recortada, se encontraba frente a una mesa enorme como un portaaviones, cubierta de manuscritos, legajos y libros raros.

Era el familiar de mis amigos y para mi alivio hablaba un castellano muy correcto, que seguramente habría aprendido para comunicarse con la parte netamente española de su familia.

Me agradeció que le hubiera traído el paquete, aunque se limitó a guardarlo en un cajón, con lo cual me quedé sin saber qué demonios habíamos transportado hasta allí.

Seguidamente me hizo sentar y me ofreció un licor, único en el mundo que solo podría probarlo allí, ya que se elaboraba en el propio monasterio mediante una antigua receta secreta y existía la absoluta prohibición de sacar una sola gota fuera de aquel recinto sagrado. "Beba cuanto quiera, pero no le puedo ofrecer ni un minúsculo botellín para llevarse".

Siguiendo el consejo de mi anfitrión, me serví descaradamente una segunda copa después de haber apurado la primera, era sencillamente delicioso.

Iniciamos una amable conversación que derivó cuando la astuta mirada del fraile captó que mis ojos apenas se apartaban de aquella chimenea, ya era sorprendente

que estuviera encendida con aquella canícula, pero lo realmente desconcertante era que en ella se veían arder restos de antiguos pergaminos enrollados en sus barras de madera, así que por sorpresa me preguntó: "¿Acaso no aprueba mi tarea?".

"Bien, como mínimo me sorprende y me incomoda, porque esos manuscritos aparentan tener siglos de antigüedad".

"Milenios, afirmó".

"Y los está destruyendo".

"Si, por supuesto, pero piense que todas mis acciones van encaminadas al bien de la humanidad, durante muchos siglos hemos sido los custodios de un conocimiento peligroso, que no debía hacerse público, pero cada vez somos menos, más viejos y estamos más cansados, en cualquier momento podría producirse una filtración y las consecuencias serían desastrosas".

"Pero usted se permite ser juez de lo que conviene o no a la humanidad, ¿No debería contrastarlo con algún experto aparte de usted?".

“Pues juzgue usted mismo ya que parece un hombre de sentido común, le voy a leer un manuscrito al azar y deme su opinión al respecto”.

Dicho esto desplegó un enorme pergamino y comenzó a leer, o mejor dicho a traducir, con un ritmo seguro y coherente.

Crónica de Herodes

El nombre de nuestro soberano se asocia a crueldad e injusticia.

Nunca nadie se ha parado a pensar que, en esta época en que las atrocidades son el "Pan nuestro de cada día", tal vez fue un gobernante que trató de ser justo y humanitario, y que al encontrarse en una encrucijada sin salida, optó por el mal menor.

Este breve relato trata, en la medida de lo posible, de rehabilitar su nombre.

En aquel tiempo, no se podía gobernar un país con mano de seda, y menos si se encontraba bajo la dominación enemiga. El pueblo debía respetar dos autoridades antagonistas, el gobernante local y el de los colonizadores romanos lo cual era muy complicado.

Herodes lo sabía y en su fuero interno, se jactaba de aplicar al pueblo: "La presión mínima necesaria".

Acostumbraba a decir: "Es como tener un pájaro salvaje en la mano, si le aprietas mucho lo ahogas, y si aflojas demasiado se escapa, si yo me volviera excesivamente blando, los romanos colocarían en mi lugar alguien diez veces peor que yo, así que soy lo más conveniente para mi pueblo, el mal justo".

Israel era un pueblo muy cerrado en sí mismo, debido principalmente a que sus creencias religiosas les hacían pensar que eran los escogidos por Dios y se encontraban en el pináculo de la humanidad, siendo imposible por tanto que ninguna otra cultura les aportara novedades positivas.

Sin embargo Herodes opinaba que sus súbditos tenían una mentalidad mezquina, egocéntrica y limitada, él era un hombre abierto a otras filosofías y culturas, de las que pensaba podían obtenerse importantes enseñanzas, "Si fuéramos la nación más grande del mundo y escogidos por Dios, nunca hubiéramos sufrido la dominación romana", acostumbraba a decir en privado.

Por eso cuando le anunciaron la llegada de tres grandes magos y astrólogos venidos de Oriente, se alegró sobremanera, ordenando que se les alojara en las mejores estancias de su propio palacio.

Cuando hubieron reposado debidamente, les convidó a un agradable banquete para que pudieran darle noticias de lugares remotos y explicarle las maravillas que ocurrían en países lejanos, dado que su cargo no le permitía viajar demasiado, Herodes se deleitaba con la compañía de hombres sabios llegados de tierras lejanas.

Le sorprendió saber que el motivo de su largo viaje se hallaba precisamente allí, y encontró realmente alucinante que existiendo lugares tan fabulosos como Roma o Egipto, justamente el profeta, hijo de Dios mismo, que conduciría a la humanidad a un nuevo estado de perfección, fuera a nacer precisamente en una aldea de su reino.

De todas formas, como gobernante instruido, no podía por menos que ser bastante escéptico, y cuando al caer la tarde la buena mesa y el vino crearon un ambiente cordial, que se prestaba a la confidencialidad, en un tono familiar, preguntó a sus invitados: "Y bien, aparte del fenómeno natural de la estrella, y de las antiguas profecías que se prestan a confusión, ¿Cómo estáis tan seguros de que realmente nacerá aquel que cambiará el mundo, para haber emprendido ciegamente este largo y peligroso viaje?, para ser sabios, ¿No sois tal vez un poco ilusos?".

Hubo un largo silencio en el que sus interlocutores se miraron con una sonrisa de complicidad, luego el que ostentaba mayor autoridad le dijo: "Recuerda que no somos sencillos archiveros consultores de antiguas escrituras, ni simples astrólogos que intentan interpretar las ambiguas posiciones de los astros, sino que por encima de todo somos magos y podemos llegar directamente a la esencia del pasado y del futuro, sin necesidad de intermediaciones. Nosotros no suponemos, sino que sabemos, mediante nuestra magia hemos podido seguir la excepcional vida del enviado divino y los prodigios que ocurrirán, lo hemos visto con nuestros propios ojos y nos hemos maravillado, porque jamás hombre alguno había realizado milagros semejantes".

Herodes reflexionó en silencio, aquellos hombres no eran necios grandilocuentes que hablaban por hablar, como gobernante experto, sabía distinguir la opinión que emanaba autoridad y sabiduría, pensando en voz alta dijo en un susurro: "Realmente daría un cofre de oro por llegar a ver lo que vosotros habéis visto".

Para su sorpresa, la respuesta le llegó de inmediato: "Lo que desees no podrías comprarlo ni por cien cofres de oro, pero estamos en deuda contigo por tu hospitalidad y tu cálida acogida, para nosotros la amistad tiene más valor que el simple metal, esta noche podrás ver aquello que desees".

Luego la conversación derivó por otros asuntos, y aunque Herodes ardía en deseos de contemplar aquel prodigio, como hombre educado no volvió a mencionar el tema y dejó que fueran sus invitados quienes se lo ofrecieran.

Cuando ya se retiraban a sus aposentos, el último de ellos volvió atrás, y sacando de su túnica una bolsa de paño negro la depositó en la mesa, de su interior extrajo una esfera cristalina perfecta, que se veía compuesta de la más absoluta nada, la frotó ligeramente diciendo: "Este es el instrumento del que nos valemos, para usarlo quédate en soledad con una luz tenue y no prestes atención más que a la bola, está preparada para mostrarte la vida del hijo de Dios, cada vez que frotes con tu mano hacia la derecha avanzarás un espacio en el tiempo, nosotros hemos estudiado toda su vida hasta el más mínimo detalle, desde el nacimiento hasta la

muerte, con ello hemos concluido hace poco la tarea que nos ha llevado más de treinta años de trabajo".

Herodes se quedó extasiado con aquel tesoro de la ciencia, no se atrevía a utilizarla por temor a que tal maravilla, con él no funcionara, finalmente se decidió, frotó la bola que ante aquel simple contacto pareció cobrar vida y llenar la estancia entera con una luz espectral, ante sus atónitos ojos se desarrolló el nacimiento del salvador.

Lo fantástico era que no sólo veía simples imágenes, sino que captaba los sonidos, los pensamientos, la situación general y el porqué de las cosas, también podía comprender idiomas y escritos en lenguajes para él desconocidos.

Inmediatamente sintió la necesidad de saber que sucedía más adelante, ver los grandes prodigios que le habían anunciado, así fue pasando rápidamente la mano por la bola siendo espectador de grandes milagros que excedían la comprensión humana.

No tardó en llegar al momento en que el profeta fue traicionado, apresado, torturado y muerto, aquello le impactó porque no esperaba que un hombre de tal santidad fuera asesinado por los que sin duda hubieran debido adorarlo, ansiosamente hizo que la bola avanzara en el tiempo y se quedó extasiado ante la resurrección y la subida a los cielos.

Pero, así como los magos, habían estudiado cada detalle, cada aspecto, habiendo llegado justo al instante de su muerte, Herodes no se conformó, quiso saber cómo afectaría aquello al destino de la humanidad, hizo que la bola le llevara hacia el futuro.

En un principio se sorprendió de la poca repercusión que aquellos fantásticos acontecimientos habían tenido en el conjunto de la gente, apenas unos pocos seguidores en la clandestinidad, pero el movimiento cobraba fuerza y finalmente el poder terrenal advirtió el peligro potencial de aquellas ideas nuevas para la estabilidad del gobierno.

Así comenzaron las persecuciones. Sin embargo aquellos primeros iluminados sin poder material alguno, contra todo pronóstico, no solo resistían, sino que se extendían imparablemente, hasta que finalmente se impusieron, absorbieron el poder terrenal, las antiguas religiones, lo englobaron todo, y ese fue el principio del fin, al igual que aquel que devora al pez ponzoñoso aquel fantástico movimiento de paz y amor fue destruido desde dentro.

Cuando el cristianismo se impuso en el imperio romano y desbancó a las obsoletas religiones paganas, en las que nadie con sentido común podía creer, los malvados, los astutos, los depravados, la gente sin escrúpulos comenzaron a mover sus piezas en el inmenso tablero para hacerse con el poder del nuevo sistema.

Las personas puras, de fe inquebrantable, eran relegadas a lugares monásticos donde no pudieran estorbar, y si importunaban eran simplemente asesinados, o peor aún acusados falsamente de los actos más viles.

La fe de Jesucristo fue modificada hasta dejarla irreconocible, el paganismo regresó otra vez con nombres nuevos, el lujo de los templos romanos volvió en forma de inmensas catedrales en las que los centenares de dioses paganos eran sustituidos por centenares de santos y vírgenes, el oro, las piedras preciosas y mármoles, llenaban los nuevos templos, mientras que a su alrededor, la gente vivía en la miseria, atenazados por el pánico a las jerarquías religiosas, que cargados de ricas vestimentas y joyas, nada tenían que ver con aquellos antiguos santos que se reunían en las austeras catacumbas para hablar de paz y amor.

La religión dejó de ser espiritual para convertirse en un comercio abyecto, la venta de bulas que perdonaban los pecados pasados y futuros, la posesión de tierras y esclavos era de uso normal para los religiosos, aquellos que intentaron respetar las antiguas normas de pureza eran torturados y asesinados de las formas más espantosas, Herodes contempló horrorizado como Gnósticos, Arrianos, Cátaros y Templarios eran torturados y ejecutados.

Ya en el colmo de la depravación vio como el supremo sacerdote, que supuestamente era el sucesor de Jesús, tenía ejércitos con los que causaba muerte y destrucción y no sólo eso, sino que países enteros con las mismas creencias, se lanzaban a la guerra unos contra otros, por un simple matiz, una diferencia de interpretación acerca de las palabras del profeta.

Pero lo que más le deprimió fue que las nuevas creencias, a pesar de ser más comerciales aun que el antiguo paganismo, instauraban la tristeza y la depresión por doquier, bajo aquella fe no existía la alegría de vivir, la gente no se bañaba, cualquier relación amorosa que no fuera la justa para procrear se consideraba pecaminosa, cualquier signo de vitalidad y alegría era inmediatamente aplastado, vio como la religión estaba junto a los poderosos, ayudándoles a oprimir y esclavizar a los débiles, todo lo que el profeta había predicado fue cambiado, alterado, o se le aplicaba otro sentido.

Continuó hacia delante con desesperación para ver si tanta infamia era por fin desenmascarada y erradicada, pero no fue así, algunos movimientos que proponían el regreso a la naturaleza y al amor carnal, fueron perseguidos con mayor saña que lo habían sido los antiguos cristianos, y sus adeptos fueron víctimas de las peores torturas, para acabar quemados vivos, y todo en nombre de aquel Jesucristo que predicaba paz y amor.

Finalmente, después de casi dos mil años pensó que el movimiento comenzaba a perder fuerza, estaba contemplando los sucesos de la lejana región de Hispania, donde el fraude se estaba desarticulando, pero poco después, un general traidor a su país tomaba el poder con ayuda de los religiosos volviendo a instaurar otra época oscura de miedo y represión.

No quiso ver más, realmente estaba espantado y deprimido al comprender como la humanidad modificaría aquel mensaje de bondad, transformándolo por los siglos de los siglos en represión, tristeza y odio, pensó que de alguna forma debía impedir que aquello sucediera. Aunque no comulgaba con el paganismo romano, creía que era cien veces mejor que la época de oscurantismo que se avecinaba.

Por la mañana, recibió a los magos para devolverles la bola y agradecerles su préstamo. Aunque trató de aparentar normalidad, se le veía pálido y ojeroso, hecho que no pasó desapercibido a los experimentados ojos de aquellos sabios.

Herodes trató de mostrarse maravillado y complacido por los grandes prodigios que había contemplado, cuando se interesaron por el malestar que aparentaba su aspecto, explicó que se debía a la noche pasada en vela sin poder apartar los ojos de la vida de Jesucristo, y por supuesto no dejó traslucir que había estado investigando los veinte siglos posteriores.

Al despedirse, ofreció toda clase de ayuda a los magos para que pudieran encontrar al elegido, y les rogó que a su regreso le indicaran donde se hallaba para poder adorarlo en persona.

Como buen estratega Herodes había trazado ya un plan: Alojaría al niño y su familia en su propio palacio, con la excusa de ocuparse de su bienestar y confort, una vez allí, aquel muchacho no saldría nunca más, le proporcionaría educación, bienestar, diversión, lo cuidaría como a un hijo, pero jamás le permitiría el contacto con el exterior, con ello no solo salvaría al mundo de aquel desastre, sino que le libraría de las torturas y penalidades que acabarían en una vergonzosa ejecución.

Consideró que tal vez constituía una osadía imperdonable el retener de por vida al enviado del altísimo, pero también pensó que, si Dios representaba la sabiduría absoluta, comprendería la bondad de sus motivos, y si finalmente era castigado, lo aceptaría resignado, porque: ¿Qué representaba su padecimiento contra el que sufrirían millones de seres en los siglos venideros?.

Sin embargo, pasaron los días y los astrólogos jamás regresaron, como sabios que eran, intuyeron que Herodes quería interferir en los planes divinos, y después de adorar al niño y ofrecerle sus presentes, regresaron apresuradamente a su país, dando un gran rodeo que les alejó de Jerusalén.

Pasado un tiempo prudencial, Herodes comenzó a impacientarse por la tardanza de los magos, más tarde llegó al convencimiento de que le habían burlado. Envío hombres de confianza en búsqueda de su rastro, solo pudieron averiguar a ciencia cierta que días atrás habían cruzado la frontera de su reino y en la actualidad se encontraban lejos de su alcance, hizo pues que sus espías peinaran la zona que habían visitado, en búsqueda de algún niño con señales excepcionales, pero no fueron capaces de hallar ninguno.

El monarca estaba abatido, sabiendo el desastre que se avecinaba, se sentía impotente para detenerlo. Su plan podía funcionar conociendo la identidad del profeta, pero no podía recluir a perpetuidad en su palacio a docenas de niños, y la alternativa era demasiado macabra incluso para un gobernante curtido como él.

Mandó llamar a los hombres más sabios del país y les planteó la siguiente cuestión: "Un Rey está en lo alto de la muralla de su ciudad, hacia ella se dirige un precioso niño rubio, todo amor e inocencia, pero que porta sin saberlo una terrible enfermedad que lo matará de una forma lenta y cruel, a él y toda la gente a su alrededor, ¿Qué debe hacer, ordenar a sus arqueros que lo ejecuten a distancia, de una forma rápida y piadosa, o permitir que llegue a la ciudad y muera entre dolores atroces junto con todos sus habitantes?".

Los sabios se miraron en silencio y seguidamente el más anciano respondió: "El Rey deberá asumir el haber matado una criatura inocente o dejar que mueran miles de personas de toda condición, obligatoriamente deberá afrontar una de las dos culpas, la que pese menos a su conciencia", y dicho eso se retiraron sin añadir nada más.

Días más tarde ascendió a una montaña remota para consultar a un ermitaño de santidad probada, sin otro preámbulo le preguntó: "¿Si Dios hubiera puesto en marcha un maravilloso plan, que estuviera a punto de ser degenerado por algunos hombres, hasta convertirlo en fuente de dolor y tristeza, sería justo que otro hombre, conocedor de la trama, tratara de impedirlo?,".

El anciano meditó en silencio, y finalmente respondió: "Si Dios hubiera de permitir que su proyecto fuera destruido por hombres, con la peor de las intenciones, igual podría permitir que un tercero anulara por completo el plan, y no lo condenaría si realmente ese hombre actuara de buena fe. Aunque los designios divinos son inescrutables, sabemos que permite que los hombres alteren o destruyan su obra, posiblemente para poder pedirles cuentas posteriormente con toda severidad".

Herodes se retiró en soledad para ayunar y meditar, era consciente de que si quería atajar la catástrofe sólo tenía una opción espantosa, ordenar la muerte de todos los niños menores de un año en aquella zona, si lo hacía sería un acto reprobable que no le reportaría gloria alguna.

Sería recordado como el verdugo de los inocentes, si actuaba de forma cobarde y se olvidaba del asunto, nadie se lo reprocharía, solo su conciencia, o tal vez Dios que le había permitido acceder a la información, quien sabe si esa no era su prueba, poder escoger entre la ignorancia cómoda y un acto de noble valentía aunque terrible y cruel.

Si esa era la prueba que Dios le había planteado, cargaría con ella, nunca había sido un cobarde y no lo sería ahora ante aquella tremenda responsabilidad.

Llamó al jefe de la guardia real, para su asombro le hizo sentar frente a él y le hablo de forma extrañamente familiar: "Amigo general, hoy todos seremos sometidos a prueba, yo he pasado la mía y ahora es tu turno, te daré una orden irracional que deberás ejecutar con precisión absoluta, deberás matar a todos los niños menores de un año en Belén y sus alrededores, habrás de asegurarte que ninguno escapa porque eso tendría consecuencias terribles, si alguno de tus hombres duda, mátalos inmediatamente, no me pidas que te explique el porqué de esta atrocidad, no quiero hacerte cómplice de mi responsabilidad, la asumiré en solitario para que tu puedas limitarte a cumplir órdenes".

El general cumplió a conciencia el odioso encargo y Herodes pudo respirar tranquilo, la humanidad se encontraba a salvo de una de sus peores plagas.

Lo que nunca llegó a saber es que una familia había huido a Egipto convirtiendo su sacrificio en algo completamente inútil, el plan Divino seguía su curso.

Un hecho muy significativo es que, a pesar de su mala fama, Herodes nunca fue castigado por Dios por aquel acto tan terrible, pudiendo vivir una larga y fructífera vida, mientras que otros personajes bíblicos padecieron terribles castigos divinos por actos de menor consideración.

FIN DEL PERGAMINO

Al acabar su relato, el viejo monje me miró con ojos astutos y me dijo: “¿Qué le parece, podemos hacer público algo así?”.

"Bueno, tal vez no a nivel popular, pero un pequeño grupo de estudiosos....".

"Esos son los peores de todos, respondió de inmediato, así que lo siento, pero no opinamos lo mismo, y aquí y ahora, soy yo el que debo decidir". Y diciendo esto, para mi pesar, arrojó el manuscrito al fuego.

Me apenó que se perdiera aquella historia tan apasionante, aunque pensándolo bien, solo se había perdido la base material, la idea continuaba en mi cabeza. Pensé que algún día la escribiría y la daría a conocer.

Tal vez nadie le haría caso y menos aún la creería, pero yo habría cumplido con mi deber.

FIN...